

PEDRO J. RAMIREZ

Un Gobierno para un bienio

SEGUN la encuesta exclusiva de Metra-Seis publicada el sábado por este periódico, la dimisión de Suárez ha provocado en el país más «alegría» que «tristeza», más «esperanza» que «temor» y más «alivio» que «miedo». Una abrumadora mayoría de ciudadanos piensa que su marcha va a ser «beneficiosa» para España y más de la tercera parte de los interrogados adjugaron que debió haberse ido antes.

Quiero empezar poniendo estos datos sobre la mesa, a modo de dique protector frente a la todavía pequeña avalancha lealista —quizá más vertebrada a partir del cónclave de Palma— que trata de buscar los culpables políticos y periodísticos de esta quiebra de la continuidad monclovea. En la calle no existe el menor sentimiento de orfandad y la incertidumbre propia de cualquier situación interina queda compensada con creces por la expectativa de que el cambio será para bien.

Más allá del sobresalto de la tarde del jueves —sólo comparable al que produjo hace cinco años su nombramiento— y del eficaz mensaje de despedida pergeñado por la pluma chueca de Meliá, no son precisamente tintes heroicos los que impregnan el gesto de Adolfo Suárez. Si poco edificante resultaba la explicación difundida por su círculo íntimo en el sentido de que estaba harto de la política —como editorializaba un colega, debió haber recurrido al confesor o al psiquiatra—, todavía le hace menos favor la teoría, avalada por poderosos indicios, de que estamos asistiendo a una maniobra tan audaz como fríamente calculada.

La presidencia no es un juguete

Un señor que está harto de la política no despliega, desde luego, la intensa actividad que, al servicio de su propia concepción restrictiva de la candidatura de Calvo-Sotelo ha desarrollado Adolfo Suárez en las últimas setenta y dos horas. Del súbito empeño en precipitar el congreso, mostrado por los mismos que el pasado lunes lo suspendieron «sine die», no puede desprenderse sino un ansia por rentabilizar en Mallorca los aspectos emotivos de la dimisión presidencial.

Si, como dice un amigo, Suárez pretende instalar su Colombey les deux-Eglises en los sótanos de la Moncloa y preparar por medio de persona interpuesta su triunfal retorno electoral, será preciso subrayar que la presidencia del Gobierno no es un juguete sometido al tornadizo capricho de su titular, sino una pieza interconectada con el resto del entramado institucional cuyo funcionamiento regula la Constitución. Lo único malo de la caída de Suárez es la forma en que se ha producido, de espaldas al Parlamento y al propio consejo político de su partido: la historia le hará justicia por su meritoria primera etapa, pero creo que será bastante severa al juzgar este último cuarto de hora.

En todos los estamentos del país se percibe, en cualquier caso, un gran ansia de mirar hacia delante, clausurando de una vez el bienio del desencanto. Todavía es posible, si esta crisis se resuelve de manera feliz, recobrar buena parte de la ilusión, de la fortaleza de ánimo, de la fe en la aventura democrática que a casi todos nos unía en junio del 77. Pese a que nadie va a liberar a España de los gravísimos problemas acumulados, sí que cabe

aún hacer borrón y cuenta nueva en la conciencia colectiva, sí que está al alcance de todos relanzar nuestra capacidad de tolerancia y comprensión recíproca, sí que queda una amplia oportunidad de reconvertir las decepciones y fracasos en satisfacciones y éxitos.

De ahí la importancia de la actual encrucijada, porque, volviendo la argumentación del revés, lo que tendría consecuencias fatales sería una salida continuista de la crisis, con Suárez mandando desde fuera y todos sus peones perfectamente colocados dentro. Nada sería tan desolador y frustrante como el comprobar que ni siquiera la dimisión del presidente imprime una dinámica nueva a nuestra anquilosada peripecia.

Después de Suárez, la democracia

Suárez ha caído porque técnicamente era imposible —desde el prisma de los hábitos de poder— hacer todavía franquismo sin Franco. El que venga detrás fracasará igualmente si lo que ensaya es el suarismo sin Suárez. Entonces, ¿después de Suárez, qué? Muy sencillo: después de Suárez, la democracia parlamentaria. Lo que requerimos del desenlace de la crisis no es un superhombre nietzscheano, ni un presidium de sabios. Simplemente queremos un Gobierno duradero, sustentado sobre una mayoría legislativa estable y motivado por un programa político concreto.

La crisis debe permanecer abierta hasta que estos objetivos queden garantizados. A Suárez no se lo ha llevado ni la gripe ni el dolor de muelas en un momento de general satisfacción por su labor de Gobierno. Suárez se ha ido antes de que le obligaran a marcharse, como consecuencia de la palpable esterilidad de su liderazgo. Era imprescindible sustituir al hombre, pero puede no ser suficiente, porque Suárez era él y sus circunstancias. Colocar a otro en su lugar, manteniendo intacta la infraestructura de poder por él creada y los mecanismos de acción política consolidados durante su mandato, sería colocar un parche que difícilmente sujetaría el desgarró más allá de unos cuantos meses.

Lo que España necesita es un Gobierno para todo un bienio, pues éste es el período mínimo para enderezar sin cataclismos cuanto está torcido. Un Gobierno que haga una política homogénea, aplicando de manera implacable una mayoría parlamentaria mecánica. Un Gobierno que en la próxima encrucijada electoral deba responder en suma por sus acciones y no por sus omisiones.

España tiene que ponerse en marcha. Tan grande ha llegado a ser su parálisis que incluso me parece secundario cuál sea la orientación ideológica de esta nueva política de firmeza y energía que se precisa. Cuando una democracia funciona, sus mecanismos de corrección y contrapeso actúan de manera automática en el tiempo. A los conservadores suceden los laboristas y a los laboristas los conservadores.

Si es imposible formar una mayoría de centro-centro, vieja quimera de Suárez, que se produzca el viraje a la derecha o el viraje a la izquierda. Si la UCD no logra asociaciones suficientes, que lo intente el PSOE. Si el actual esquema de partidos impide el trato, que se rompan cuantas fuerzas políticas sea preciso, pues son ellas las que están al servicio del sistema



“Recomponiendo la unidad del partido, demostrará Calvo-Sotelo que se trata del hombre adecuado para recomponer también la esperanza de la Nación”

y no a la inversa. Y en último caso, si la calcificación del espectro parlamentario impide todo tipo de acuerdo, que se convoquen elecciones generales. Incluso eso, antes que seguir como hasta ahora, dando paso a un Gabinete con escasos meses de esperanza de vida.

¿Qué macabra broma es esa de colocar aspectos marginales de la ley de Divorcio en el epicentro de la crisis, cuando lo que está en juego es la propia supervivencia de la democracia? Simpatizando con los ideales de la minoría progresista de UCD —liberales y socialdemócratas—, considero, sin embargo, preferible para España una política clara de orientación conservadora o de orientación socialista, construida sobre la estabilidad de 176 o más votos y liberada de las zigzagueantes hipotecas que ocasiona el pretender constatar a todos a la vez desde una posición minoritaria.

Leopoldo Calvo-Sotelo es una de las personalidades mejor cualificadas para trazar un programa, reunir suficiente apoyo en la Cámara y formar un Gobier-

no que eche el cierre al largo periodo de provisionalidad que ha desembocado en la dimisión de Suárez. No es un líder carismático capaz de desatar el entusiasmo de las masas, pero tiene el triple atractivo de la inteligencia, la eficacia y la seriedad.

Estoy seguro de que si llega a ser nombrado por el Rey y obtiene la investidura en el Parlamento, habrá terminado la era de los saltimbanquis y paulatinamente irá remitiendo el «auras mediocritas» que tanto ha impregnado las altas esferas de la Administración durante el mandato de Suárez. Podrá gustar o no lo que haga, pero sabrá hacerse respetar y devolver al Gobierno al menos una parte de todo su prestigio perdido.

Calvo-Sotelo ha sido ministro de Comercio, Obras Públicas y Relaciones con Europa, antes de convertirse en vicepresidente económico. En ninguno de estos cargos ha hecho milagros porque un político sólo se convierte en taumaturgo cuando la prensa se ve totalitariamente obligada a proclamarlo; pero tampoco hay un solo desliz de bulto en su gestión. Se trata de un hombre que inspira, pues, seguridad.

También un cierto sentido de la propia estima. Si las cosas no se tuercen, al fin habrá en el poder alguien con inquietudes intelectuales, sensibilidad estética y capacidad de percepción suficientes como para que España no quede descolgada de la imaginativa búsqueda de soluciones innovadoras a los gravísimos problemas que el mundo desarrollado tiene que afrontar en la difícil frontera de los ochenta.

No será fiel al suarismo

Me parece que la inmensa mayoría de los miembros de UCD comparten esta misma valoración del personaje. Si han surgido serias dificultades que podrían llegar a bloquear la investidura en el Parlamento, es porque un sector del partido teme estar votando de nuevo a Suárez y no a Calvo-Sotelo.

Sean cuales sean sus actuales compromisos con la «corte de los milagros» que rodeaba la Moncloa, no creo que Calvo-Sotelo vaya a ser fiel al suarismo. El presidente dimisionario tendría que ser el primero en saberlo, pues no en vano traicionó él a quienes más le ayudaron a conquistar la cima. A nada que los acontecimientos le concedan margen para ello, Calvo-Sotelo imprimirá al poder su propio sello y eso irá difuminando toda posibilidad de «revival» de Suárez y sus adláteres.

Más importantes que las previsiones analíticas son, sin embargo, en este instante político las apariencias y sus servidumbres inmediatas. La desgracia póstuma que Suárez ha legado al país ha sido la de contaminar la candidatura del hombre mejor preparado para sustituirle, presentándole como heredero más que como sucesor.

Por eso el primer gran reto que tiene que afrontar Calvo-Sotelo es el de desmarcarse de quienes tan flaco servicio le han hecho, convirtiéndolo en arma arrojadiza dentro de una pugna, de la que prudentemente se había mantenido al margen. Sólo recomponiendo la unidad de su partido, demostrará Calvo-Sotelo, en este momento en que todos nos fijamos en él, que se trata del hombre adecuado para recomponer también la esperanza de la Nación.